

EL VALLE DE LOYOLA



Las repetidas jiras fluviales efectuadas estos últimos años por el río Urumea al valle de Loyola, han dado á conocer á los muchos forasteros que nos visitan, uno de los sitios más pintorescos de las inmediaciones de San Sebastián.

El nuevo tranvía de Hernani ha facilitado el medio de trasladarse cómodamente y en pocos momentos, al lindo valle que cada día está más concurrido.

El Club Cantábrico establece una sucursal campestre en terrenos frente á las casas del barrio, y antes de mucho hemos de ver cómo se pueblan aquellas márgenes con chalets, restaurants y casitas de recreo.

Verdaderamente que hay motivos para que contemos las excelencias de un lugar tan ameno y delicioso.

El río va serpenteando por el valle y corre entre bosques de verdura, llanuras de maíz, hileras de arbustos marítimos crecidos en cenagosa orilla, y verdes prados cuajados de canales mantenidos por el caudaloso afluente que se desliza rápido en dirección opuesta, según la marea.

Bien cerca, las colinas llenas de vegetación y coronadas de fincas, y á lo lejos las azuladas montañas que, en forma de anfiteatro las unas tras de las otras van perdiéndose en el horizonte entre la diáfana claridad de la atmósfera.

El aire puro del ambiente apenas velado por ligera capa de vapor sutil, asemejándose á una gasa transparente, soplabla suave y admitía á través de él los argentados rayos de la luna que con su tono fantástico causaban indecible encanto.

La cima de las montañas y lo alto de los árboles estaban bañados por esta luz, el fondo de la llanura permanecía en la sombra y un gran silencio reinaba en toda ella.

Pero si este es el cuadro que ofrece constatemente en un atardecer de buen tiempo el precioso valle, la animación y vida que le presntan esas jiras organizadas con tan buen acierto por el Ayuntamiento, resultan indescriptibles.

Los colores rojo y amarillo que predominan en el adornado de las embarcaciones, la nítida blancura de los trajes, de las caras, de las manos de tanta bella, las hileras de cintas multicolores que forman las serpentinatas enredando en sus endeble y quebradizas mallas cuanto encuentran en su trayectoria, y la alegría y buen humor de los expedicionarios constituyen el principal galón de la fiesta. Con este tiroteo de papel y la navegación en conserva de buen número de gabarras y traineras, se establece el contacto, la confianza, y gentes que jamás han cambiado un saludo se hablan, se disputan, se enamoran y luchan con frenesí, pero con proyectiles inofensivos.

El espectáculo tiene algo de la locura del Carnaval, cánticos, gritos, voces, músicas, un conjunto de ruidos ensordecedores, inenarrable; pero la masa de carne va subiendo, aunque lentamente, por el río, impelida por el empuje de los gabarreros y de los remeros de las lanchas á favor de la corriente.

El retorno ya de noche presenta un aspecto fantástico con la infinidad de luces de colores que bordean las montañas. Se ven grandes hogueras en los altos alumbrando el cielo con fuerte resplandor, cual si estuviesen escritos en el firmamento aparecen diversos rótulos con letras de fuego. La silueta de varias casas iluminadas y que parecen suspendidas en el espacio se observa en la negrura de la noche. De ambas orillas salen luces rojas, azules, verdes, blancas, que alumbran el camino fluvial; las embarcaciones con faroles á la veneciana y bengalas, navegan hacia el desembarcadero entre un vocerío continuo; en algunos recodos del trayecto se queman castillos de fuegos artificiales y, por fin de jornada, se apercibe la desembocadura del río y junto á él, hecho una ascua de oro, la joya más preciada de España, engarzada en una luz de brillantes, San Sebastián.

En 1883, hace unos 16 años, y cuando S. M. el rey estaba aún en brazos de su nodriza, organizó el Ayuntamiento, siendo alcalde D. Gil Larrauri, la primera jira fluvial á Loyola en honor de S. M. la reina D.^a María Cristina, entonces Regente. La augusta señora volvió muy complacida de la fiesta, deteniéndose en la finca del Sr. Lopetedi, y resultó aquella tan brillante que pocos días después todo el lujo

y derroches empleados en la iluminación de la ría de Bilbao para recibir á D.^a Cristina, no bastó para borrar la excelente impresión causada. Desde entonces, y siempre con creciente éxito, ha adquirido carta de naturaleza en los programas de fiestas de verano la jira del Urumea.

El valle de Loyola junto al túnel del ferrocarril ofrece una particularidad digna de mencionarse.

En el reducido espacio de unos cincuenta metros de ancho por ciento de largo, constituyen allí un nudo, escalonados, el ferrocarril del Norte, la carretera de Astigarraga, el camino del tranvía eléctrico á Hernani y el río navegable para pequeñas embarcaciones.

Hay un grupo de casas desde cuyas ventanas sus habitantes pueden presenciar el paso de todos los medios de locomoción imaginables.

Sería muy curioso que la casualidad reuniera en un mismo instante en aquel sitio, el exprés, un automóvil, un carruaje, un jinete, un ciclista, un carromato, una carreta de bueyes, el tranvía eléctrico, un vaporcito y una gabarra.

Esto parecería una exposición improvisada de todos los medios de locomoción conocidos.

El vapor, la electricidad, la tracción de sangre y la tracción de agua pasan delante de aquellas pobres cacerías que continúan tan miserables como antes.

ALFREDO DE LAFFITTE.

